

CuadMon 31 (1974) 589-623
MAURO MATTHEI, OSB
ENRIQUE CONTRERAS, OSB
FRANCISCO RIBEIRO, OSB

Fuentes

SELECCIONES DEL “ASCETICON” DEL ABAD ISAÍAS

INTRODUCCIÓN

Isaías de Scetis o de Gaza:

Entre los muchos monjes llamados Isaías que habitaron los desiertos egipcios³⁷ hubo uno que escribió un *Asceticon* muy leído en el Oriente. Su autor parece haber conocido a algunos de los ancianos más venerables de Scetis: Or, Agatón, Poimén, Sisoos, Anoub, Cronios, etc. En base a esta comprobación se ha dicho que el abad Isaías, autor del *Asceticon*, vivió en Egipto durante la primera mitad del siglo V³⁸. Este es el único dato indiscutido de la vida del abad Isaías. Todos los demás aspectos de su existencia son objeto de controversia entre los estudiosos. Así, siguiendo la tesis lanzada por K. Krüger, algunos sostienen que Isaías de Scetis e Isaías de Gaza son una misma persona. Se trataría, pues, de un único Isaías que habría pasado de Egipto (¿Scetis?), donde aún se encontraba en el año 431, a Palestina, muriendo cerca de Gaza en el año 491 sin haber adherido al concilio de Calcedonia. Este monje monofisita habría tenido un discípulo, también de origen egipcio, que compartía su misma fe herética, llamado Pedro. La vida siríaca de Isaías de Gaza atribuye a su héroe una serie de escritos sobre temas ascéticos y monásticos. Con algunas variantes de no poca monta esta posición ha sido aceptada por casi todos los críticos³⁹. R. Draguet, por su parte, en una obra publicada en el año 1968 ha defendido otra tesis. Según él, Isaías de Scetis no puede identificarse con su homónimo de Gaza, porque ya en el año 400 aquel era un hombre anciano⁴⁰. Por tanto, el autor del *Asceticon* sería Isaías de Scetis, del cual también poseemos once apotegmas⁴¹ y que habría muerto en la primera mitad del siglo V. Por último, Dom L. Regnault ha propuesto algo así como una tercera posición: “Ese joven monje Isaías que vivió en Scetis en la primera mitad del siglo V, ¿no podría ser el mismo Isaías, monje palestinese, que murió en el año 488, y fue autor de los *logoi*?”. Y más adelante formula otra pregunta: “(Esta posición) ¿no se encuentra confirmada y justificada por los trabajos de M. Draguet que ha restituido sólida y, según parece, definitivamente la obra a Isaías de Scetis, sin que Isaías de Gaza haya sido por ello totalmente despojado?”⁴². La cuestión aún no está resuelta y por eso resulta imposible presentar una biografía detallada del abad Isaías. Si nos ceñimos a la tesis común entre los estudiosos según la cual Isaías de Gaza y de Scetis son una misma persona los datos cronológicos más seguros serían: vivió en Scetis en la primera mitad del siglo V, luego pasó a Gaza donde murió entre los años 488-490 siendo ya un anciano de más de cien años (siempre y cuando se acepte la suposición de R. Draguet según la cual en la primera mitad del siglo V Isaías era ya un hombre maduro) y tuvo un discípulo llamado Pedro que desempeñó un papel importante en la transmisión de las enseñanzas de su maestro⁴³.

³⁷ Cf. J. C. GUY: *Isaïe*, en *Dictionnaire de Spiritualité* (en adelante DS) VII, cols. 2079-2080.

³⁸ D. L. REGNAULT: *Isaïe de Scété ou de Gaza* (en adelante *Isaïe...*), DS VII, col. 2083. Cf. D. J. CHITTY: *The desert a city*, Oxford 1966, pp. 73-74.

³⁹ D. L. REGNAULT, art. cit., col. 2084. Cf. del mismo autor: *Isaïe de Scété ou de Gaza? Notes critiques en marge d'une Introduction au problème isaïen* (en adelante *Notes critiques*), en *Revue d'ascétique et de mystique* (RAM) 46 (1970), pp. 42-43.

⁴⁰ *Introduction au problème isaïen*, CSCO 293, Louvain 1968, p. 125.

⁴¹ Cf. PG 65,179-184.

⁴² *Notes critiques...*, p. 44 (la primera cita corresponde a A. GUILLAUMONT, con quien Dom Regnault parece estar de acuerdo).

⁴³ Cf. D. L. REGNAULT: *Isaïe de Scété ou de Gaza*, DS VII, cols. 2085-2086.

Su obra:

Una lectura atenta de los veintinueve *Logoi*⁴⁴ del abad Isaías permite comprobar la variedad de los temas tratados, la falta de un nexo o relación entre cada uno de ellos y la desigual longitud de los distintos *Logoi*. Esto quiere decir que la mayoría de estos discursos son compilaciones de diversas fuentes, conglomerados de sentencias y exhortaciones en los que es difícil reconocer el núcleo primitivo⁴⁵. La “heterogeneidad” del *corpus isaianum* obliga a pensar en una pluralidad de autores o de redactores. Lo más lógico es suponer, como lo hace Dom Regnault, que Isaías no hizo más que cumplir con sus funciones de padre y, director espiritual de un grupo de discípulos, ya fuera oralmente o por escrito, y que fueron estos últimos quienes organizaron un *Asceticon*. Así, gracias a Pedro, especialmente, y a otros seguidores del abad Isaías tenemos acceso a las enseñanzas de uno de los monjes más interesantes del monacato primitivo⁴⁶.

La doctrina contenida en los diversos *logoi* revela una inspiración primariamente bíblica; la Escritura es citada con mucha frecuencia y hay algunos discursos que no son más que un conglomerado, de citas escriturísticas⁴⁷. También merece destacarse la influencia que han ejercido en su obra los “Dichos de los Padres del Desierto” y Evagrio el Póntico⁴⁸. No menos notable es la presencia de algunos rasgos que tienen su origen en las homilias del Pseudo-Macario. Asimismo R. Draguet ha mostrado la existencia de ciertas semejanzas entre las Reglas y las Vidas de Pacomio y varios *logoi* del abad Isaías⁴⁹. Es, por tanto, indudable que el *Asceticon* es heredero de la tradición semianacorética y cenobítica de origen egipcio⁵⁰.

Si bien toda la doctrina del abad Isaías está estrechamente ligada a la mejor tradición monástica, sobre todo a la literatura apotegmática, sería muy injusto no reconocer su gran originalidad. Al igual que los Apotegmas el *Asceticon* está dirigido ante todo a la formación de los candidatos a la vida monástica. Pero en los discursos del abad Isaías se nota una delicadeza, un manifiesto deseo pedagógico y un interés por la recta formación de los discípulos que no encontramos tan claramente formulados en los Apotegmas. En los *logoi* que reúnen sentencias y exhortaciones de carácter práctico, el lector descubre con asombro y alegría la jornada de estos ermitaños que vivían junto a Isaías. Con elegancia y sentido cristiano se abordan los temas más variados y prosaicos, como para mostrarnos que todas las actividades de nuestra vida tienen una finalidad en Dios. A través de los distintos discursos es posible descubrir una preocupación esencial, “un motivo inspirador”: ¿cómo encontrar y mantener la *hesyquía*, la bienaventurada quietud, indispensable para llegar a una verdadera intimidad con Dios?⁵¹ La práctica de las virtudes, el evitar los vicios, la oración, la lectura espiritual, el trabajo, las relaciones fraternas, la pobreza y todas las demás actividades del monje están ordenadas a la consecución de una verdadera libertad espiritual, que es lo único que puede conducir al asceta a la *hesyquía*.

El abad Isaías predica una ascesis rigurosa, viril: evitar todo tipo de distracciones, examinarse continuamente, abrirse total y francamente al padre espiritual, y sobre todo, practicar la *humildad*. Todas estas cosas le devolverán al monje la salud perdida por el primer hombre. Se trata, ante todo, de una ascesis “espiritual”, de un control sobre el espíritu pero que también

⁴⁴ El vocablo *logos* (en plural *logoi*) se podría traducir por *discursos* o también por *conjuntos de sentencias*, según los casos. El texto griego contiene 29 *logoi*, mientras que el siríaco sólo ha conservado 26. Los monjes de Solesmes han realizado una traducción al francés del primero en *Textes de spiritualité orientale* N° 7, Bellefontaine, 1970. Mientras que R. DRAGUET ha publicado una traducción al mismo idioma del segundo: *Les cinq recensions de l'Asceticon d'abba Isaïe*, CSCO 293 y 294, Louvain, 1968.

⁴⁵ D. L. REGNAULT, *Isaïe...*, col. 2085.

⁴⁶ *Ibid.*, col. 2086.

⁴⁷ Cf. por ejemplo: 28 = XXII, 1-2; 21 = XIV, 29-35, y 18 = XXVI, 3.

⁴⁸ Cf. el índice incluido por R. DRAGUET al fin de su edición del *Asceticon* siríaco, CSCO 294, pp. 474 ss.

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 474 y 477.

⁵⁰ D. L. REGNAULT, *Isaïe...*, col. 2093.

⁵¹ *Ibid.*, col. 2088.

comprende al cuerpo. Uno de los rasgos distintivos de la doctrina del abad Isaías es justamente ese equilibrio constante entre lo corporal y lo espiritual, entre lo humano y lo sobrenatural. Hay que cuidar del cuerpo porque con él vamos a resucitar, pero es necesario impedir que se convierta en un tirano insoportable; hay que custodiar al corazón para evitar que las pasiones se adueñen de él, pero esa vigilancia sólo tiene sentido si conduce a la libertad espiritual, al encuentro con el Señor.

Al igual que en los Apotegmas en el *Asceticon* la virtud de la humildad desempeña un papel preponderante. Ella es la que debe enseñarle al monje a no estimarse a sí mismo, a no sobrevalorarse, a no “medirse”⁵². Ella debe manifestarse especialmente en las relaciones con los hermanos: no buscar el propio provecho, evitar toda disputa, toda murmuración, la envidia, el deseo de enseñar y corregir; he aquí los frutos de la humildad. La renuncia a la voluntad propia, condición indispensable para ser escuchado por Dios, no poner la confianza en las propias fuerzas, pedir incesantemente la ayuda del Señor, la caridad para con todos los hombres, son los signos de que un monje no sólo ha entendido qué es la humildad, sino de que, sobre todo, la “vive”⁵³. Está, por tanto, en condiciones de ser un “padre espiritual” porque ha recibido el carisma de la *diacrisis*, del discernimiento, de la discreción; ya no juzga al hermano, sino que lo escucha, lo ayuda, lo anima, porque “el discernimiento une todas las cosas, las examina y desvirtúa el mal” (16-XV,113). Si pudiéramos entrevistarnos con el abad Isaías y le preguntáramos ¿qué es un monje? tal vez nos diría: “un monje es estas tres cosas: “Discernimiento, humildad y amor””.

Tan importante como sus recomendaciones prácticas son los principios que las animan. En los *logoi* 2=IX y 21=XIV Isaías expone en una síntesis magistral el fin de toda la ascesis cristiana: retornar al estado primero que el hombre poseía antes del pecado de Adán y Eva. Pero esto sólo es posible gracias a Cristo que, en su propio cuerpo libre de todo pecado, nos enseñó a reencontrar la salud perdida, por medio de la penitencia, la obediencia a los mandamientos, la supresión de los deseos carnales y, sobre todo, por la humildad⁵⁴. La verdadera ascesis cristiana y monástica debe conducir al hombre a un reencuentro con su Creador, debe devolverle la imagen que por la desobediencia perdieron nuestros primeros padres y que ha sido recuperada para siempre por el nuevo Adán.

Los diversos puntos de la doctrina del abad Isaías que tan brevemente hemos expuesto tal vez no sean de una originalidad deslumbrante. Casi todas esas enseñanzas se pueden encontrar en los Dichos de los Padres del Desierto, en Evagrio Pónico y en muchos otros autores de los primeros siglos. Pero Isaías les ha infundido un espíritu nuevo y un acento personal que revelan una madurez propia del que ha dejado de ser discípulo para convertirse en maestro. Al recorrer el *Asceticon* se tiene la impresión de que su autor conoce el corazón humano y posee una visión profundamente cristiana de todas las cosas. La discreción, la sobriedad, la delicadeza no están nunca ausentes del *corpus isaianum*. Vida comunitaria y soledad corporal y espiritual, lo humano y lo sobrenatural coexisten en una maravillosa alianza en la que raras veces se hace sentir la falta de equilibrio. Si a algunos de los monjes antiguos puede reprochárseles su dureza, su sequedad o su despreocupación por los hermanos, a Isaías es imposible hacerle tales cargos. Una y otra vez manifiesta su reprobación respecto de la insensibilidad o la indiferencia frente al dolor, la enfermedad o cualquier otra dificultad que puedan sufrir los hermanos. Primero el otro, después yo; el monje debe procurar ante todo que su hermano alcance la paz y la alegría. Isaías es perfectamente consciente de que toda la vida del cristiano es estéril si no hay crecimiento en el amor, en el servicio. La sencillez y la profundidad de este abad que vivió hace quince siglos y cuya influencia se extendió por todo el Oriente⁵⁵ nos permiten decir de él: un hombre de otro

⁵² Expresión frecuente en los Apotegmas, que es también muy cara al abad Isaías, cf. el índice analítico de R. Draguet, CSCO 294, p. 491.

⁵³ Cf. la sección de nuestra traducción dedicada a este tema (II, 5).

⁵⁴ D. L. REGNAULT, *Isaie...*, col. 2091.

⁵⁵ A partir del siglo VI Isaías gozó de gran estima en el monasterio del abad Séridos. Los santos Barsanufio, Juan el profeta y Doroteo están profundamente imbuidos del espíritu del autor del *Asceticon*. I. Hausherr ha citado

tiempo para nuestro tiempo.

La presente publicación

Por medio del presente trabajo, surgido de un pequeño seminario realizado en el monasterio de Los Toldos, hemos querido contribuir a la divulgación de la rica doctrina espiritual del abad Isaías en los medios de habla castellana. Dentro de esa perspectiva de divulgación no nos pareció conveniente traducir todo el vasto *corpus isaianum*, sino sólo una selección de él, en base a aquellos discursos y sentencias que según nuestra opinión podían ser de mayor interés para las comunidades religiosas de nuestro tiempo. Hemos sido conscientes de la limitación que tal criterio necesariamente implica. Hecha la selección, se imponía un segundo paso, que era la ordenación de todo el material, ya que el *Asceticon* de Isaías es un “conglomerado de pedazos a menudo inconexos”, caracterizado por su “heterogeneidad y falta de unidad orgánica” (Draguet, p. 33). El número y el orden de los diferentes discursos varían notablemente de un manuscrito a otro. Nos pareció entonces que el agrupamiento de las distintas sentencias por temas le confería un gran interés a esta antigua sabiduría del desierto, facilitando a la vez su lectura y comprensión. Se formaron así cuatro capítulos de desigual extensión: un “Prólogo”, con sentencias generales sobre la vida religiosa e invitación a seguirla; una segunda parte que llamamos “El arte espiritual” y que agrupa nueve temas: 1. El retorno al paraíso, 2. Las fuerzas del alma (virtudes), 3. Las deficiencias del alma (vicios), 4. Dirección espiritual, 5. Humildad, 6. Infancia espiritual, 7. Pobreza, 8. Espíritu de silencio, 9. Estado de extranjero. La tercera parte la llamamos, “El día del monje” y en ella agrupamos las sentencias de tipo práctico que dejan entrever las actividades de un monje durante una jornada de su vida. Esta parte contiene diez temas: 1. Ingreso al monasterio, 2. Comienzo del día, 3. Relaciones fraternas, 4. Oración, 5. Trabajo, 6. Meditación y *lectio divina*, 7. Servicio de la cocina y comidas, 8. Huéspedes, 9. Urbanidad, 10. Fin del día, noche y vigilias. La cuarta parte representa la “Conclusión”, con sentencias del *logos* 16 (XV). A esta selección y ordenación le dimos el título de “Enseñanzas para ermitaños del abad Isaías”, ya que las sentencias presuponen un tipo de vida monástica semianacorética, parecido al de las lauras palestineses.

Nuestra traducción se basa fundamentalmente en la edición francesa hecha por los monjes de Solesmes, titulada “*Abbé Isaïe. Recueil ascétique*”, publicada con el N° 7 en la serie *Spiritualité orientale* de la abadía de Bellefontaine y basada en los manuscritos griegos. Revisamos después cada una de las sentencias confrontándolas con la edición de René Draguet “*Les cinq recensions de l'Asceticon syriaque d'abba Isaïe*” (CSCO 293 y 294, Lovaina, 1968), que representa las versiones siríacas de las enseñanzas isaianas.

Como la numeración griega y siríaca de los diferentes discursos (*logoi*) no concuerdan, hemos seguido la manera de citar que ya es habitual entre los especialistas de la materia: con números arábigos se designan los *logoi* según la versión griega y con números romanos los de la versión siríaca. El tercer número corresponde a los párrafos de los *logoi*, que tienen la misma numeración en los textos griegos y siríacos.

Añadimos algunas notas explicativas al texto, basadas principalmente en los vocabularios de Deseille (*L'évangile au désert*, París, 1965) y de Guy (*Les apophtegmes des Pères du désert. Série alphabétique*, Bellefontaine, 1966) y, al final, una lista de los *logoi* contenidos en nuestra traducción.

Esperamos publicar en un próximo número de *Cuadernos Monásticos* un comentario de cada

testimonios de renombre en los que se deja traslucir la influencia de Isaías: Juan Damasceno, Gregorio el Sinaíta, Juan de Antioquia, san Teodoro Estudita, etc. (cf. D. L. Regnault: *Isaïe...*, col. 2094). Una prueba de la estima en que era tenido el abad Isaías entre los orientales es el comentario de Dadiso Qatraya (s. VII) al *Asceticon*. Este comentario ha sido recientemente editado por R. Draguet en el CSCO 327, Louvain, 1972, quien también editó algunos fragmentos de un comentario anónimo: CSCO 337, Louvain, 1973.

una de las sentencias de Isaías, extraídos del Comentario del escritor sirio Dadiso Qatraya y de un comentario (sirio) anónimo, ambos publicados por Draguet (CSCO 327, Lovaina, 1972, y CSCO 331, 1973, respectivamente) y complementado por pasajes paralelos o parecidos de la Regla de San Benito, Evagrio Póntico y otros Padres. Deseamos que el presente trabajo, con todas sus limitaciones, sea un aliciente para la publicación completa y exacta de todo el *corpus isaianum* en nuestra lengua.

ENSEÑANZAS DEL ABAD ISAÍAS PARA ERMITAÑOS

I. PRÓLOGO

[1] Vosotros que queréis habitar conmigo, escuchad en el nombre de Dios y que cada uno viva separadamente en su celda, en el temor de Dios. No despreciéis vuestro trabajo manual, pues es mandamiento de Dios; no descuidéis vuestra meditación y la oración continua; mantened limpio vuestro corazón de pensamientos extraños, para no tener ocupado el espíritu por hombre alguno o por un asunto de este mundo⁵⁶; examinaos constantemente en aquello en que tropezáis y esforzaos en corregiros, llamando a Dios en vuestro auxilio, en la compunción del corazón, las lágrimas y la austeridad, para que El os perdone y os guarde de caer de nuevo en las mismas faltas (1, 4-5).

[2] Esforzaos en no descuidar la observancia de mis preceptos, pues de lo contrario, perdonadme, no os permitiré vivir conmigo; si los observáis, en secreto y en público, seré yo quien daré cuenta a Dios de vosotros; si no los observáis, Dios os pedirá cuenta a vosotros de vuestra negligencia, y a mí de mí inutilidad. Al que observa mis preceptos, en secreto y en público, el Señor Dios le guardará su vida de todo mal y lo protegerá contra toda tentación que le pueda sobrevenir, por dentro o por fuera (1, 28-31).

[3] No tratéis de llenaros con las obras de este mundo⁵⁷ para no convertirlos en retretes, donde cada uno va a vaciar lo que hay en su vientre y donde todo huele mal. Convertíos más bien por la pureza en templos de Dios, en los que el sacerdote (que hay en el) interior de vosotros ofrezca mañana y tarde el incienso, a fin de que el altar no esté jamás sin incienso. Esforzaos ante Dios en pedir que siempre os conceda la simplicidad, la integridad y la misericordia y que aparte de vosotros todo lo que es contrario a eso, es decir, la malignidad, la sabiduría diabólica, la curiosidad, el amor propio y la malicia del corazón, pues todo eso destruye los trabajos de aquellos que actúan así. Por último, si un hombre teme a Dios con sabiduría y si sus oídos están siempre sometidos a su conciencia, Dios le enseñará en secreto mucho más que todo lo que he dicho. Pero si no hay un dueño en la casa, el alma de ese desventurado se encontrará expuesta a (la acción de) la voluntad propia⁵⁸, y el primero que venga hará en ella lo que quiera, pues su corazón no está sometido a la autoridad, sino a los enemigos⁵⁹ (5, 25).

[4] Os conjuro, mis hermanos, tened presente por qué (motivos) habéis dejado el mundo y preocupaos de vuestra salvación⁶⁰, a fin de que vuestra renuncia no sea en vano y no tengáis que ruborizaros ante Dios y ante los santos que practicaron la renuncia por amor de Él y que

⁵⁶ El abad Isaías toca aquí el tema fundamental de la “pureza de corazón” o *Apatheia*, que consiste en una rectificación e integración de los movimientos de la psique humana, de manera que toda su energía pueda verterse en el amor de Dios y del prójimo. Para lograr esa rectificación es necesario en primer lugar el abandono del “hombre viejo” y de todos los recuerdos unidos a él, es decir, un silencio interior. La “pureza” opera, pues, tanto en el plano moral como en el psicológico.

⁵⁷ “Obras de este mundo”: no se trata de las actividades seculares en sí, sino de aquello que constituye lo propiamente “mundano”, es decir, la búsqueda del placer, del poder y de la riqueza.

⁵⁸ “Voluntad propia”: es la voluntad humana en tanto que se inclina a satisfacciones y placeres egoístas, sin referencias a la voluntad de Dios y al servicio del prójimo.

⁵⁹ “Enemigos”: con este término el abad Isaías designa siempre a los demonios.

⁶⁰ “Preocupaos de vuestra salvación”: tema central en la espiritualidad monástica antigua, que no hay que entender en un sentido individualista, pues en esta salvación va implícita toda la actividad de amor hacia el prójimo.

lucharon (1, 32).

[5] Tened cada día la muerte ante los ojos, inquietaos por vuestra salida de este cuerpo y pensad cómo escaparéis de los poderes de las tinieblas, que saldrán a vuestro encuentro en los aires, y cómo podréis encontrar a Dios sin impedimento; considerad de antemano el día terrible de la sentencia y de la retribución de todas las obras, de todas las palabras y de todos los pensamientos de cada uno de nosotros. Porque: “Todas las cosas están desnudas y manifiestas a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuenta” (*Hb* 4,13) (1, 5).

II. EL ARTE ESPIRITUAL

1. Introducción: Caída del hombre y retorno al estado natural del paraíso⁶¹

[1] No quiero que ignoréis, hermanos, que al principio, cuando Dios creó al hombre, lo puso en el paraíso con sus facultades sanas y estables en su estado natural; pero cuando el hombre escuchó a su seductor, todas sus facultades fueron trocadas en un estado contrario a la naturaleza y entonces fue precipitado de su gloria (2, 1).

[2] Nuestro Señor, por su gran amor, tuvo piedad del género humano: el Verbo hecho carne, es decir, hombre perfecto, se hizo semejante a nosotros en todo, menos en el pecado (*Hb* 4,14), para restablecer en su estado original, por (medio de) su santo cuerpo, lo que era contrario a la naturaleza, y teniendo piedad del hombre, lo hizo retornar al paraíso, reanimando a los que marchan sobre sus huellas y según los mandatos que El nos ha dado, para que pudieran vencer a aquellos que los habían arrojado de su gloria y enseñando un servicio santo y una ley pura, a fin de que el hombre se mantuviera en el estado natural en el que Dios lo había creado (2, 2-3).

[3] Aquel, pues, que quiera llegar a la conformidad con la naturaleza, suprima todas sus voluntades carnales, hasta recuperar el estado natural (2, 4).

[4] Existe en el espíritu un *deseo* conforme a la naturaleza, y sin deseo de Dios no hay caridad; es por esto que Daniel es llamado “varón de deseos” (*Dn* 9,23). Pero el enemigo lo ha transformado en deseo vergonzoso, que nos mueve a codiciar todo lo que es impuro (2, 5).

[5] Existe en el espíritu un celo conforme a la naturaleza, y sin celo por Dios no hay ningún progreso, según lo que escribe el Apóstol: “Aspirad a los dones superiores” (*I Co* 12,31). Pero este celo por Dios ha sido torcido contra la naturaleza y nos impulsa a tener celos los unos de los otros, a envidiarnos y a engañarnos (2, 6).

[6] Existe en el espíritu una cólera conforme a la naturaleza y sin cólera no habría nada puro en el hombre, si no se irritase contra todo lo que el enemigo siembra en él (cf. *Mt* 13,25); así Finés, hijo de Eleazar, inmoló al hombre y a la mujer cuando se encolerizó y la ira del Señor se apartó de su pueblo (cf. *Nm* 25,7). Pero en nosotros esta cólera se transformó en irritación contra el prójimo por asuntos inútiles y sin sentido (2, 7).

[7] Existe en el espíritu un *odio* conforme a la naturaleza, y cuando Elías lo sintió mató a los profetas de la vergüenza (*I R* 18,40). De la misma manera actuó Samuel frente a Agag, rey de Amalec (*I S* 15,33); y sin odio por la Enemistad el honor no se revela al alma (*2 P* 1,4). Pero en nosotros este odio se ha vuelto contra la naturaleza y nos hace odiar y despreciar al prójimo. Es este odio el que expulsa todas las virtudes (2, 8).

⁶¹ La doctrina sobre los vicios y las virtudes expuesta en este capítulo es esencial dentro de la obra del abad Isaías y se deriva fundamentalmente de Orígenes y Evagrio. La santidad es vista como un retorno al paraíso, es decir, a la “naturalidad”. Ser santo significa llegar a coincidir con la propia esencia, mientras que el pecado representa la inautenticidad.

[8] Existe en el espíritu un *orgullo* conforme a la naturaleza, que se ejerce contra la Enemistad, y cuando Job lo experimentó injurió a sus enemigos diciéndoles: “Infames y despreciables, faltos de todo bien, no os estimo dignos de que os mezcléis con los perros de mis rebaños” (cf. *Jb* 30,1. 4). Pero para nosotros este orgullo frente a los enemigos ha sido transformado: somos humillados ante nuestros adversarios y estamos llenos de orgullo los unos contra los otros, hiriéndonos mutuamente y justificándonos a expensas de nuestro prójimo, y a causa del orgullo Dios se transforma en enemigo del hombre (*St* 4,4-6) (2, 9).

[9] He aquí, pues, lo que fue creado con el hombre, pero cuando éste comió del árbol de la desobediencia todo ello se transformó en él en pasiones vergonzosas (2, 10).

2. Las fuerzas del alma

[1] El *discernimiento*⁶² une todas las cosas, las examina y desvirtúa el mal. Es imposible que llegues a tener discernimiento si no te pones a cultivarlo. En primer lugar es necesario el recogimiento⁶³; el recogimiento engendra la ascesis; la ascesis engendra las lágrimas; las lágrimas engendran el temor de Dios; el temor de Dios engendra la humildad; la humildad engendra la previsión⁶⁴; la previsión engendra la caridad y la caridad engendra el alma sana y exenta de pasiones. Y después de todo eso el hombre se da cuenta de que todavía está lejos de Dios (16, 113-114).

[2] Gracias al aire templado florece la semilla. Lo mismo sucede con el hombre: por los *mandamientos* de Dios su espíritu florece. Guardar los mandamientos es tener fe en Dios y temer a Dios es no dar motivo de tristeza a la propia conciencia (15, 90-91).

[3] Cuida tu *cuerpo* como un templo de Dios (cf. *1 Co* 6,19); cuídalo, porque deberá resucitar y rendir cuenta delante de Dios (15, 87).

[4] El que cree que su *cuerpo* resucitará verdaderamente en el día de la resurrección, tendrá cuidado de preservarlo de toda mancha, pues está escrito: “Transfiguraré nuestro cuerpo de miseria para hacerlo conforme a su cuerpo de gloria, según la fuerza de su poder” (*Flp* 3,21) (15, 95).

[5] La aversión por las controversias, la austeridad, la humildad, la sabia renuncia a tu voluntad en todo, la desconfianza en tu propia justicia y el tener siempre presentes tus pecados engendrarán en ti las virtudes (1, 33).

[6] Piensa siempre que Dios te mira en todo lo que haces, recuerda que Dios ve tus pensamientos. Lo que te da vergüenza hacer delante de los hombres, también es vergüenza pensarlo en secreto y consentir en ello (15, 84).

[7] “El árbol se conoce por sus frutos” (*Mt* 12,33): el espíritu reconoce así sus pensamientos por su contemplación y el alma racional se conoce a sí misma por su contemplación. Pero no pienses que has llegado a la impasibilidad mientras el pecado te seduce; no pienses que eres libre mientras desees todavía alguna cosa de este mundo (15, 85-86).

[8] La ascesis del espíritu consiste en odiar la distracción; la del cuerpo, en contentarse con poco (16, 57).

⁶² Discernimiento o *diacrisis*: es 1) la capacidad de discernir las inspiraciones buenas y malas en las almas, y 2) el sentido de la justa medida, derivado de esta misma capacidad. En esta segunda acepción se la designa con la palabra “discreción”.

⁶³ *Hesyquia*: significa al mismo tiempo silencio y recogimiento. Abarca, pues: 1) el género de vida del monje que se ha retirado a la soledad, y 2) la calma y el silencio interiores del alma contemplativa.

⁶⁴ “Previsión”: es la capacidad de adelantarse a los acontecimientos o “visión”, efecto de la *diacrisis*.

[9] Ama toda austeridad y tus pasiones serán humilladas (9, 8).

[10] Hay tres virtudes que, si el espíritu las descubre en sí, puede estar seguro de haber alcanzado la inmortalidad: el discernimiento, que distingue una cosa de otra; prever todo de antemano y no consentir en nada extraño (al estado de monje) (7, 12).

[11] Hay tres virtudes que vigilan continuamente sobre el espíritu y que éste necesita: la cólera natural⁶⁵, el coraje viril y la decisión (7, 11).

[12] Hay cuatro virtudes que purifican el alma: el silencio, la observancia de los mandamientos, la autorrestricción y la humildad (7, 14).

[13] El espíritu necesita continuamente las cuatro virtudes siguientes: orar a Dios, prosternarse ante El sin cesar, no preocuparse de lo que hacen los demás para no juzgarlos y hacerse el sordo ante el clamor de las pasiones (7, 15).

[14] Hay cuatro virtudes que vienen en auxilio del joven monje, con la gracia de Dios: la meditación en todo momento, la decisión, la vigilia y el hecho de no estimarse a sí mismo (7, 17).

[15] Hay cuatro virtudes que fortifican el alma y le permiten respirar libre de las perturbaciones de los enemigos: la misericordia; no montar en cólera, la paciencia y sacudir toda semilla de pecado que cae en ti. Y resistir al olvido⁶⁶ conserva todo eso (7, 16).

[16] Hay tres virtudes que procuran al espíritu una luz permanente: no ocuparse de la maldad de ningún hombre; hacer el bien a los que te hacen el mal y soportar sin perturbación todo lo que te suceda de parte de tus enemigos. Aquellas tres virtudes engendran tres superiores: no ocuparse de la maldad de ningún hombre engendra la caridad; hacer el bien a los que te hacen el mal te procura la paz y soportar sin inmutarte toda adversidad te confiere la bondad (7, 13).

[17] Hay tres cosas que le cuestan al hombre y que, una vez adquiridas, le conservan todas las virtudes: la compunción, llorar sus pecados y tener siempre a la vista la propia muerte (*Si* 28,6) (7, 23).

[18] Sé perseverante en todo esto, pues la fatiga, la pobreza, el estado de extranjero, la austeridad y el silencio engendran la humildad, y la humildad perdona todo pecado (9, 33).

3. Las deficiencias del alma

[1] Hay tres cosas que dominan al alma mientras ella no haya alcanzado una gran perfección, y que no permiten que las virtudes cohabiten con el espíritu: la cautividad⁶⁷ de los malos pensamientos, la pereza y el olvido. El olvido, en efecto, combate contra el hombre hasta su último suspiro, obligándolo a luchar; es más fuerte que todos los pensamientos, engendra todas las maldades y destruye en todo momento lo que el hombre ha edificado (7, 24).

⁶⁵ “Cólera natural”: se trata de la cólera conforme a la naturaleza, según la doctrina expuesta en II, 1, [6].

⁶⁶ “Olvido”: término familiar a Evagrio que con él significa la negligencia frente al recuerdo de Dios, es decir, lo contrario del primer grado de humildad de la *Regla* de san Benito. Dadiso Qatraya comenta: “Cuando el recuerdo de Dios es olvidado por el corazón, éste de inmediato acepta el recuerdo de las cosas y los pensamientos de las pasiones” (XIII,33; ed. Draguet, CSCO 327, p. 157).

⁶⁷ “Cautividad”: término evagriano con que se describe la situación del hombre a la que alude *Rm* 7,23: “En lo íntimo de mi ser me complazco en la ley de Dios; pero percibo en mis miembros otra ley que está en guerra contra la ley de mi mente y que me esclaviza bajo la ley del pecado que habita en mis miembros”. Se trata, pues, de la pérdida de la libertad humana por influjo del pecado.

[2] Sepan que el (exceso de) reposo, la abundancia y la vanagloria echan a perder todo el fruto del monje (1, 34).

[3] Cuatro cosas transforman el alma en un desierto: ir de lugar en lugar, amar las distracciones, amar los objetos materiales y ser avaro (7, 21).

Sobre la glotonería y la fornicación⁶⁸

[4] ¿Qué es la fornicación?: el deseo, la falta de recogimiento, la preocupación excesiva por el propio cuerpo, la distracción, la indolencia, la bufonería, las miradas impúdicas (28, 2a).

[5] Cuatro cosas alimentan la fornicación en el cuerpo: dormir sin medida, comer hasta la saciedad, las palabras sucias y el lujo en el vestir (7, 19).

[6] Cuatro cosas ensucian el alma: pasearse por la ciudad sin controlar las miradas; tener relaciones con una mujer; tener amistad con los poderosos de este mundo y amar las conversaciones carnales y vanas (7, 18).

[7] Guárdate de envilecer tu cuerpo por la suciedad: serás víctima de la vanagloria; pero, por otra parte, que el joven no sea refinado en el trato de su cuerpo, pues eso no conviene; que no lleve vestidos adornados y bellos, pues sería su caída (3, 63-65).

Sobre la avaricia

[8] ¿Qué es el amor del dinero? Que tú no creas que Dios se ocupa de ti, que mutilas la esperanza fundada sobre las promesas de Dios, que te guste estar en la abundancia, que busques la gloria del mundo, que ames la no-misericordia⁶⁹ y la vanagloria, que no tomes en cuenta a los demás y que no te preocupe el juicio de Dios (28, 2).

Sobre la tristeza

[9] Hay pasiones y hay virtudes; pero si nos entregamos al desánimo sabemos que cometemos traición. La virilidad del corazón es una ayuda para el alma después de Dios, así como el desánimo es apoyo de la malicia (16, 50).

[10] Sé vigilante, hermano, contra el espíritu que trae al hombre la tristeza, pues numerosas son sus trampas para dejarte por fin sin fuerzas. La tristeza según Dios es alegría, porque ves que permaneces en su voluntad. Pero el que te dice: “¿Adónde puedes huir? ¡No hay remedio para ti!”, pertenece al poder enemigo y empuja al hombre a abandonar la ascesis. La tristeza según Dios, por el contrario, no ataca al hombre, sino que le dice: “¡No tengas miedo, anda, otra vez!”. Pues Dios sabe que el hombre es incapaz, pero Él le da fuerzas. Ten un corazón viril frente a tus pensamientos (de tristeza) y ellos huirán lejos de ti, mientras hacen crujir bajo su peso a aquel que los teme. El que tiene miedo de las maquinaciones del demonio muestra que carece de fe en Dios; pero el que se arroja a los pies de Jesús de todo corazón, lo resistirá con firmeza (16, 42-43).

Sobre la cólera

⁶⁸ El esquema de los pecados capitales se inspira en Evagrio.

⁶⁹ “No-misericordia”: se trata de la repugnancia para dar limosna.

[11] ¿Qué es la cólera? El deseo de que tu voluntad prevalezca, la discordia, la falsa ciencia, el deseo de enseñar a otros, el amor de los bienes de este mundo, la pusilanimidad, el temor de ser obligado a algo, el no soportar a los otros, las transacciones comerciales⁷⁰ (28, 2).

[12] Al que tiene humildad Dios le revela sus pecados, a fin de que los conozca... Un hombre en tal situación no se inmuta ante las ofensas recibidas, pues sus propios pecados, que tiene delante de sí, le sirven de armadura y lo protegen contra la cólera y el deseo de venganza. Así soporta todo lo que le sobreviene. ¿Qué ofensa puede herirlo, si tiene sus propios pecados en la memoria, en presencia de Dios? (17, 2).

[13] Si no puedes soportar una palabra de tu prójimo y se la devuelves con igual dureza, desencadenas en tu corazón una guerra que te afligirá por las palabras que has escuchado y te entristecerá por las que tú has dicho, ya estás preso y proclamas dichosos a los que viven solos en el retiro, te pones duro contra tus vecinos, estimando que ellos no tienen caridad. En vez de eso, lucha más, bien por alcanzar la longanimidad, pues ella vence la cólera y la caridad sanará su tristeza. El que, por amor de Dios y por su paz interior, pueda aguantar una palabra dura de un hombre difícil y necio, será llamado hijo de la paz (cf. *Lc* 10,6) y el Espíritu Santo habitará en él, porque será suyo y ya no será separado de él (17, 2).

[14] Cuatro cosas alimentan la cólera: las transacciones comerciales, el apego a la voluntad propia, el deseo de enseñar y el creerse sabio (7, 22).

Sobre la envidia

[15] ¿Qué es la envidia? El odio al prójimo, el miedo de reconocer tus faltas, la pereza, el no ver que la gloria de tu prójimo es de Dios, el amor de la buena comida, el deseo de mezclarse en los asuntos del mundo (28, 2).

[16] ¿Qué es la detracción? La ignorancia de la gloria de Dios, la envidia del prójimo porque no te tienen en cuenta a ti, la calumnia contra el prójimo, el ojo malo, el respeto humano, el falso testimonio (28, 2).

[17] Cuatro cosas oscurecen el alma: odiar a su prójimo, despreciarlo, tenerle envidia y murmurar de él (7, 20).

[18] Si la envidia te aflige, acuérdate de que somos todos miembros de Cristo y de que tanto el honor como el oprobio del prójimo nos atañen a todos. Así encontrarás la paz (16, 106).

Sobre la vanagloria

[19] ¿Qué es la vanagloria? Que ames este mundo percedero, que despliegues austeridad para ilustrar tu nombre, que ames más la gloria humana que la que viene de Dios, que procures ser nombrado entre los hombres, que ignores la causa por la cual tu corazón está triste, que pongas en evidencia tus obras para ser estimado por los hombres, que no veas la gloria de Dios, que tu corazón esté sometido a las pasiones del cuerpo (28, 2).

[20] Estimo que es algo muy grande y honroso el vencer la vanagloria y progresar en el conocimiento de Dios; pues el que cae en la vergüenza de esta perversa pasión de la vanagloria pierde la paz, endurece su corazón frente a los hermanos y, para colmo de males, se precipita en un orgullo malvado y en el afán de mentir. Pero tú, fiel servidor, mantén ocultas tus fatigas y ten

⁷⁰ “Transacciones comerciales”: no se trata de estas operaciones en sí, sino del enojo y el espíritu de avaricia que suelen producir.

cuidado en la compunción del corazón que tu lengua no te las quite y las entregue a tus enemigos... Es imposible que el que ama las alabanzas de los hombres esté libre de envidia y el que tiene celo amargo no podrá encontrar la humildad. El que ha llegado a tal situación se ha entregado a los enemigos. Ellos agitan en él numerosas malicias y en secreto lo atraviesan con un cuchillo afilado. Pero ninguna maldad satisface sus deseos (17, 2).

[21] Si los demonios te incitan en tu corazón a realizar una ascesis por encima de tus fuerzas, no los escuches: pues ellos inflaman al hombre para que trate de realizar lo que está por encima de sus posibilidades, hasta que caiga en sus manos y ellos se alegren a costa suya (4, 43).

[22] Enseña a tu lengua con sabiduría las palabras de Dios y la mentira se alejará de ti. Amar la gloria humana engendra la mentira y rehuir esa gloria en la humildad aumenta el temor de Dios en tu corazón. No desees llegar a ser amigo de los grandes de este mundo, no sea que (el sentido de) la gloria de Dios se debilite en ti (6, 4).

Sobre el orgullo

[23] ¿Qué es el orgullo? Escandalizarte de que no se te tome en cuenta, jactarte de que no necesitas a nadie, provocar a los demás, imponer siempre tu voluntad, creer que estás bien y que eres bueno, despreciar al hermano, faltar a la sumisión al prójimo, confiar en tu propia fuerza (28, 2).

Sobre la pereza y acedia

[24] Dichosos son los que realizan sus tareas con sabiduría... pues escapan de la maldad de los demonios..., ante todo del demonio de la pereza, que perturba al hombre en toda obra buena que se propone, infundiendo la indolencia en el espíritu que dirige asiduamente su atención a Dios y esforzándose en apartarlo de su camino por las fatigas que sufre en él. Creo que si hay en nosotros caridad, paciencia y templanza (los demonios) no podrán tener éxito en su propósito, sobre todo si el espíritu se da cuenta de que la pereza todo lo echa abajo y, por consiguiente, la desprecia (17, 3).

[25] (Hay pensamientos) que te atormentan y te turban para desanimarte y para que así vayas a buscar otro lugar, o que, apenas te has instalado en uno, te inspiran arrepentimiento de haberlo hecho. (Esos pensamientos) perturban el espíritu para tornarlo vagabundo y ocioso; pero los que aprenden (por el discernimiento) la malicia (de estos pensamientos) permanecen imperturbables y dan gracias a Dios por el lugar que Él les ha dado, para mantenerse firmes. En efecto, la paciencia, la longanimidad y la caridad dan gracias a Dios por las penas y las fatigas. En cambio, la *acedia*, la cobardía y el amor del reposo buscan un lugar donde sean estimados y, como consecuencia de la alabanza de muchos, los sentidos desfallecen y fatalmente el cautiverio de las pasiones los retiene y destruye la templanza, ya muy disminuida por el vagabundeo y la saciedad (17, 3).

[26] Guárdate de la *acedia*, pues ella destruye el fruto del monje. Cuando luches contra una pasión, no te desanimes, sino arrójate ante Dios y dile de todo corazón: “Ven en mi auxilio, porque soy un miserable”, y tendrás descanso (4, 71).

4. Dirección espiritual⁷¹

⁷¹ “Dirección espiritual”: relación entre el maestro espiritual (abad) y su discípulo, basada en la apertura del discípulo hacia el abad y el total compromiso de éste con la tarea de santificación de su discípulo. Responde a lo que la RB llama “quinto grado de humildad” y es el núcleo de la futura forma del sacramento de la penitencia.

[1] Callarte para no revelar tus pensamientos⁷² es señal de que buscas el honor del mundo y su gloria vergonzosa; mientras que el que tiene la sinceridad de revelar sus pensamientos a sus padres (espirituales), los arroja lejos de sí (16, 76).

[2] No tengas vergüenza de confesar a tu superior todo pensamiento que te perturba y te sentirás aliviado. No hay cosa que alegre más a los demonios que un hombre que calla sus pensamientos, sean buenos o malos (4, 63).

[3] No escondáis ningún pensamiento, ninguna tribulación, ninguna voluntad propia, ninguna sospecha, sino reveladlos libremente a vuestro abad y esforzaos en cumplir con fe todo lo que oigáis de él (1, 27).

[4] No debes descubrir tus pensamientos a todo el mundo, sino solamente a tus padres espirituales, a fin de no entristecer tu corazón (6, 2).

[5] No reveles tus pensamientos a todo el mundo, para no escandalizar a tu prójimo. Revela tus pensamientos a tus padres (espirituales), para que la gracia de Dios te proteja (9, 11).

[6] Si interrogas a un anciano sobre un pensamiento, descúbreselo con libertad, si sabes que es digno de confianza y que mantendrá en secreto lo que le hayas dicho (4, 3).

[7] Si se trata de enfermedades del alma o de pasiones corporales en las que has vuelto a caer, al hacer preguntas sobre esto no lo hagas como si se tratara de algo ajeno a ti, sino descubre tu herida confesando: “Yo he sido herido”, a fin de que tu llaga pueda ser curada (5, 31).

[8] Si hablas de tus pensamientos, no seas hipócrita y no digas una cosa por otra (ni presentes los hechos), como si le hubieran ocurrido a otro, sino más bien di la verdad. Prepárate a hacer todo lo que te dirán, porque de otra manera te burlarías de ti mismo y no de los ancianos a quienes interrogas (5, 32).

[9] Si interrogas a los ancianos a propósito de algo que te agita, no escuches a los que por dentro te dicen más que los ancianos⁷³; sino que ora primero a Dios diciendo: “Ten misericordia de mí e inspira a mis padres para que me digan lo que tú quieres”, y haz después con espíritu de fe todo lo que te digan los padres y Dios te dará su paz (5, 33).

[10] Si interrogas (a un mayor) a propósito de tus pensamientos, no lo hagas después de haberlos puesto en práctica sino antes, abriéndote en lo que te agita al presente. Trátase de cambiar de residencia, de aprender un trabajo manual o de cambiar de trabajo, de vivir junto con otros o de separarse de ellos, pregunta todo eso con libertad y antes de haberlo hecho (5, 30).

[11] Si vives con alguien que es tu superior no debes hacer una obra de beneficencia con un pobre sin consultarlo previamente; no lo hagas a escondidas (5, 29).

[12] Si tu abad te envía afuera por algún asunto dile: “¿Adónde quieres que vaya, qué es lo que necesitas?”. Y todo lo que él te diga hazlo, sin agregar ni quitar nada (3, 34).

5. Humildad

[1] Ante todo, júzgate a ti mismo, eso te reportará la humildad. Renunciar a tu voluntad, con

⁷² “Pensamientos” = *logismoi*: se trata, en la mayoría de los casos, de las sugerencias malas, y son tentaciones contra las que el monje debe combatir.

⁷³ Se trata de los demonios y de las pasiones.

sabiduría, por el bien de tu prójimo, eso es humildad. La pureza consiste en que ores a Dios. No estimarte a ti mismo demasiado te permitirá alcanzar el don de lágrimas. No juzgar es caridad. La longanimidad consiste en no pensar nada contra el prójimo. El corazón que ama a Dios no devuelve mal por mal. El recogimiento es no mezclarte en lo que no te concierne. La pobreza consiste en un corazón sin malicia. Dominar tus sentidos es la paz. Soportar es la bondad. La misericordia consiste en perdonar. Lo que engendra todo esto es no hacer la propia voluntad; tal cosa pacifica las virtudes y establece al espíritu en un estado de impasibilidad. En resumidas cuentas, yo no veo en todas las Escrituras que Dios tenga otro designio sobre el hombre sino que se humille en todo frente a su prójimo, que restrinja en todo su voluntad, que suplique sin cesar para que Dios lo auxilie y que guarde sus ojos del sueño del olvido y de la cautividad, porque el hombre es malvado y versátil por naturaleza. A Dios le corresponde salvarnos. Él nos da la fuerza que nos permite mantenernos alertas. Él nos da el refugio que protege nuestra pobreza. Suya es la conversión, para que nos convirtamos a Él; suya, la acción de gracias, para que nos dé el deseo de darle gracias. A Él corresponde darnos la gracia de alabarlo. Él nos guardará de la mano de nuestros enemigos. A Él el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén (22, 9).

[2] Antes que nada tenemos necesidad de la humildad y debemos estar preparados a decir “Perdón”, frente a toda palabra que escuchamos o en toda acción, pues la humildad arruina lo que viene del Adversario (3, 1).

[3] Así como la tierra no puede dar fruto sin semilla y sin agua, así tampoco el hombre producirá fruto sin austeridad y sin humildad (4, 78).

[4] La humildad consiste en considerar que uno es pecador y que no hace nada bueno ante Dios (20, 2).

[5] El que ha estado enfermo sabe lo que es la salud (16, 48).

[6] Si estás debilitado por tus pasiones, guárdate de recibir las confidencias de otros sobre sus pasiones, como si fueras una persona digna de confianza, pues sería la perdición de tu alma (5, 44).

[7] La humildad consiste en la sumisión, en renunciar sin dificultad a la voluntad propia, en la pureza, en la paciencia en las injurias, en la aceptación de las palabras (hirientes) del prójimo. Eso es humildad (26, 11).

[8] El trabajo, la pobreza, el ser extranjero, el ser valeroso, el no desanimarse y el silencio engendran la humildad y la humildad borra los pecados. Si alguien no guarda esto, vana es su renuncia (26, 17).

[9] Los efectos de la humildad son el silencio, el no estimarse a sí mismo, el no amar las controversias, la sumisión, la modestia de la mirada, tener la muerte ante los ojos, huir de la mentira, no tener conversaciones inútiles, no contradecir a un superior, no tratar de imponer su punto de vista, soportar el insulto, odiar el reposo, amar el trabajo, estar atento para restringir la voluntad propia y no irritarse (20, 3).

[10] No te estimes a ti mismo en nada de lo que hagas, a fin de tener pensamientos sin perturbación (3, 2).

[11] No estimarse a sí mismo y no llamar la atención son señales de que uno no se ocupa en hacer las voluntades de las pasiones, sino la de Dios. El que tiene deseos de lucirse delante de los demás muestra que el temor de Dios no está en él. El temor de Dios es un guardián y un socorro del alma, un centinela del entendimiento interior, que derrota a todos los enemigos (16, 44-45).

[12] Si te encaminas donde otros hermanos no esperes que te hagan una gran fiesta, a fin de que, cuando te reciban, puedas dar gracias a Dios (4, 35).

[13] La simplicidad y la ausencia de estimación de sí mismo purifican el corazón del mal (6, 6).

[14] Así como la herrumbre corroe el hierro, así la alabanza de los hombres corroe el corazón del que la acepta (16, 78).

[15] Así como una planta trepadora, al enroscarse en la vid, destruye su fruto, así la vanagloria destruye el trabajo del monje si consiente en ella (16, 79).

6. Infancia espiritual

[1] ¿Cómo actúa un niño? Si alguien lo golpea, llora, y se alegra con los que juegan con él. Si lo insultan, no se irrita, y cuando lo alaban, no se envanece. Si honran a otro más que a él, no se pone celoso. Si le quitan lo que es suyo, no se turba. Si le dejan poca cosa en herencia, no tiene conciencia de ello. No discute con nadie. No se pelea con ningún hombre por causa de sus bienes. No odia a nadie. Si es pobre, no se entristece; si es rico, no se enorgullece. Si ve a una mujer, no la desea. El placer y la inquietud no lo tiranizan. No juzga, no domina, no envidia a ninguna persona. No habla de lo que no sabe, no se burla del aspecto del prójimo, no tiene enemistad con nadie, no es falso, no maquina perfidias, no busca la gloria de este mundo, no trata de acumular riquezas, no se complace en los primeros asientos, no es auto-suficiente, no es peleador, no enseña bajo el imperio de las pasiones, no juzga a nadie. Si lo despojan, no se entristece; no hace su voluntad; no tiene miedo ni del hambre ni de los asaltantes, no teme las bestias salvajes ni la guerra. Si sobreviene una persecución no se desespera. Tal es aquel del cual nuestro Maestro Jesús ha dicho: “Si no os convertís y os hacéis como niños pequeños, no entraréis en el reino de Dios” (*Mt 18,3*) (25, 4).

7. Pobreza

[1] Amar los bienes de este mundo oscurece el alma; despreciarlos, la llena de sabiduría (16, 86).

[2] Amar objetos confunde el espíritu y el alma, pero la renuncia los renueva (16, 75).

[3] Amemos la caridad hacia los pobres, pues ella nos librerá de la mano del amor del dinero, cuando éste salga a nuestro encuentro (el día de la muerte)⁷⁴ (16, 9).

[4] Si has renunciado al mundo no guardes nada para ti. Si sientes deseos de andar de un lugar a otro, eso es malo para tu alma si todavía tienes tus sentidos enfermos (4, 51).

[5] Si los demonios te atormentan a propósito de tu alimentación, de tu vestido, de tu gran pobreza, tratando de dejarte en vergüenza, no les repliques nada; pon tu confianza en Dios, de todo corazón, y Él te dará la paz (16, 102).

[6] Si vas a la ciudad para vender el trabajo de tus manos, no regatees el precio, como lo hace la gente del mundo, sino entrégalo por lo que vale, para que no pierdas la virtud que has adquirido en tu celda. Si compras algunas cosas que necesitas tampoco regatees...; si no puedes pagar el

⁷⁴ El autor se imagina al alma, el día de la muerte corporal, asediada por los diversos vicios que la tentaron durante la vida terrena, y que le impiden ahora el encuentro con Dios. La “mano del amor del dinero” es el poder de la avaricia sobre el corazón humano.

precio que te piden, déjalo sin decir una palabra... Dios prueba nuestra fidelidad por medio de la pobreza para darnos la abundancia (4, 52-53).

[7] Si abandonas una celda, cuídate de no llevar contigo lo que en ella es necesario, sino que deja todo eso a un hermano pobre y Dios te proveerá en cualquier lugar en que estés (4, 62).

[8] Si quieres recibir alguna cosa que necesitas, no murmures contra tu hermano diciendo: “¿Por qué no ha pensado él mismo en dármelo?”. Antes bien dile con toda franqueza y simplicidad: “Por favor, dame eso, porque tengo necesidad de ello”. Así obrarías con pureza de corazón. Pero si tú no lo dices, si murmuras y te quejas en tu corazón, incurres en el juicio (5, 22).

[9] No desees nada de lo que ves en tu prójimo, ni su túnica, ni su cinturón, ni su cogulla, y no satisfagas tu avidez fabricándote algo parecido (3, 22).

[10] Si tu hermano te confía un objeto que después resulta que podría serte útil, no lo toques en su ausencia, a menos de haberle pedido permiso (4, 54).

[11] Si pides prestada alguna cosa a tu hermano para usarla no seas negligente, sino que hazte el propósito de devolvérsela cuanto antes; si es una herramienta, devuélvesela apenas terminada tu obra; si la rompes, hazle otra, pero no seas negligente (4, 58).

[12] Si has dado en préstamo alguna cosa a un hermano pobre y te das cuenta de que él no puede devolvértela, no lo atormentes y no lo trates con rigor, cualquiera que sea la cosa que le hayas prestado, dinero o ropa, según tus posibilidades (4, 59).

[13] Si haces un bien a un pobre, no le pidas en retribución algún pequeño trabajo, no sea que pierdas el mérito del bien que le hiciste (4, 24).

[14] Si has dejado todas las cosas visibles, ten cuidado con el demonio de la tristeza. ¿Temes que por tu pobreza y tribulación no alcanzarás nunca las grandes virtudes que son: no estimarse a sí mismo, soportar la injuria, no buscar la fama...? Piensa que no solamente son pobres los que han renunciado a todo y carecen de toda clase de objetos, sino que también lo son los que están desnudos de toda malicia y sin cesar sienten hambre del recuerdo de Dios; y no solamente son impasibles los que adquieren esta virtud a través de tribulaciones exteriores, sino también los que ansían al hombre interior y se niegan a sí mismos (17, 3).

8. Espíritu de silencio

[1] Vivir en recogimiento en la celda es arrojarse delante de Dios y hacer lo posible por resistir a todo pensamiento malo sugerido por el enemigo. En eso consiste la huida del mundo (21, 13).

[2] Tener cuidado de la lengua manifiesta que uno es asceta. La intemperancia de la lengua significa, por el contrario, que uno no tiene virtudes en su interior (16, 54).

[3] Guardar la boca eleva el pensamiento hacia Dios, siempre que se calle por sabiduría; en cambio, la locuacidad engendra el desánimo y el desvarío (16, 71-72).

[4] Guarda tu lengua, a fin de que tu corazón reciba la luz y de que el temor de Dios habite en ti (16, 25).

[5] He aquí lo que engendra la discordia y arruina el alma: la conversación inútil, las palabras enrevesadas, el acomodar las palabras al gusto de los oyentes, la excesiva familiaridad, el hablar con doblez o con orgullo. El alma del que practica estas cosas es estéril en virtudes (22, 10).

[6] Fuera de una gran necesidad no digáis jamás nada ni en el refectorio ni en la reunión litúrgica (oficio divino) y no corriáis al que salmodia, a menos que lo haya pedido él mismo (1, 6-8).

[7] Cuando haya finalizado la hora litúrgica o la comida no os sentéis juntos para charlar, ni palabras de Dios, ni palabras de este mundo, sino permanezca cada uno en su celda y llore sus pecados; con todo, cuando se presente la necesidad de hablar entre vosotros, hablad parcamente, con humildad y reserva, teniendo siempre en cuenta que Dios os mira (1, 16-20).

[8] Que jamás nadie entre en la celda de su hermano; no tratéis de veros antes de la hora (de la reunión fraternal) (1, 11-12).

[9] Si caminas con un hermano, apártate un poco para guardar el silencio y al caminar no mires ni a derecha ni a izquierda, sino que medita en tu pensamiento o reza a Dios en tu corazón. En el lugar al que llegues no seas demasiado desenvuelto, sino sé reservado (3, 4-5).

[10] Si os encontráis fuera del monasterio no os dejéis ir a la familiaridad en lo que sea, allí donde estéis. Que más bien todo el mundo se edifique con vuestro ejemplo, especialmente en lo que se refiere al silencio, escondido o visible (5, 11).

[11] Si oyes conversaciones afuera no las retengas para comunicarlas a otro al volver. Si guardas tus oídos tu lengua no pecará (3, 35).

[12] Si algunas personas conversan de temas que te perturban, no trates de oírlos, para no atraerte una lucha (4, 6).

[13] No alabes lo que no has visto, ni hables de lo que te contaron como si tú mismo lo hubieras visto (3, 55).

[14] Odia las palabras mundanas a fin de que tu corazón vea a Dios (16, 22).

[15] Guarda tu boca, a fin de que tu prójimo te parezca digno de honor (6, 3).

[16] Si un hermano delante tuyo habla mal de otro, no tengas vergüenza, no lo escuches y no peques contra Dios, pero dile con humildad: “Perdóname, hermano, soy un miserable, lo que tú me dices me pasa a mí y no puedo soportar (el comentario)” (4, 9).

[17] Si alguien habla mal de su hermano delante tuyo, lo rebaja y publica sus aspectos malos, no debes darle la razón, no sea que él te lleve hacia lo que tú no quieras (6, 5).

[18] Si te enteras de una falta de tu hermano, no la reveles a nadie, pues eso significaría tu muerte (espiritual) (4, 5).

[19] Si un hermano te ha causado algún daño y alguien habla mal de él delante tuyo, vigila tu corazón, no sea que el mal se reanime en ti. Acuérdate ante Dios de tus pecados y si quieres que Él los perdone no te vengues de tu prójimo (4, 10).

9. Estado de extranjero⁷⁵

⁷⁵ “Estado de extranjero” = *Xeniteia*: forma de espiritualidad típicamente isaiana, heredada más tarde por el monacato irlandés (*peregrinatio*), que consiste en la renuncia a la propia patria y a la compañía de los parientes y conocidos. El acento que la doctrina de la *xeniteia* tiene en el abad Isaías es uno de los argumentos en favor de la identificación de Isaías de Scetis con Isaías de Gaza: Isaías, monje copto, habría emigrado a Gaza para vivir en el “estado de extranjero”.

[1] El primer combate consiste en vivir como extranjero, sobre todo si, huyendo solo, abandonas todo lo tuyo y te vas a otro lugar, armado de una fe perfecta, de esperanza y con el corazón muy resuelto a luchar contra tus voluntades. Los enemigos, en efecto, te rodean en círculos numerosos, aterrorizándote con el temor de las tentaciones, de una ruda pobreza y de enfermedades, sugiriéndote: “Si te suceden estas cosas, ¿qué harás no teniendo a nadie que te conozca y que te pueda cuidar?”. La bondad de Dios te pone a prueba, a fin de que se manifiesten tu celo y tu amor por Él (17, 1).

[2] Cuando estés solo en tu celda los demonios sembrarán en ti pensamientos que te afligirán y acobardarán, diciéndote, por ejemplo: “No es el hecho de ser extranjero lo que salva al hombre, sino el guardar los mandamientos”; reavivando en ti el recuerdo de las cosas más cercanas a tus afectos, afligirán tu corazón y te dirán: “Y bien, tales y tales hombres ¿no son también servidores de Dios?”. También sugerirán a tu corazón que el clima es malsano, que tu cuerpo te pesa, todo para que tu corazón desfallezca desalentado. Pero si en tu corazón hay caridad y esperanza, tal malicia no tendrá efecto y finalmente quedará manifiesto tu celo por Dios, porque se hará evidente que tú lo amas más que a la comodidad del cuerpo y el bienestar. Las tentaciones del estado de extranjero llevan a los que las soportan a la esperanza y la esperanza, a su vez, los guarda de las cosas carnales. No es por nada que te has hecho extranjero, sino para prepararte a ti mismo y hacerte perseverante en el combate contra los enemigos y para saber rechazar a cada uno de ellos a su tiempo, hasta que, habiendo alcanzado el descanso de la impasibilidad, seas liberado (17, 1).

[3] Si has dejado a tus parientes carnales para convertirte en extranjero por amor de Dios, no permitas que la dulzura de su recuerdo te penetre. Si estando sentado en tu celda echas de menos a tu padre o a tu madre, si te acuerdas con amor de tu hermano o de tu hermana, si sientes compasión por tus hijos o deseas en tu corazón a la mujer que dejaste, piensa inmediatamente en el momento inevitable de tu muerte: ninguno de ellos te podrá asistir en aquel instante. ¿Por qué entonces no abandonarlos a todos para buscar la virtud? (4, 27).

[4] Dominemos los afectos de nuestro corazón y amemos el estado de extranjero, a fin de que nos salvemos por medio de él, como Abraham (25, 20).

[5] Si te haces extranjero por amor de Dios no trates de entrar en relaciones con la gente del país y no te mezcles en sus conversaciones, pues de lo contrario te habría valido más quedarte con tus parientes (4, 21).

[6] Si levantas tu celda en un lugar como extranjero, no trates de tener muchos amigos; te bastará uno, para el caso de enfermedad. Así no perderás la virtud de tu estado de extranjero (4, 23).

[7] Cristo no tenía dónde reclinar la cabeza, ¿y tú no vas a soportar con alegría el estado extranjero? (22, 6).

III. EL DÍA DEL MONJE

1. Ingreso al monasterio

[1] Si vienes a un lugar para habitar allí, no debes tomar inmediatamente una celda para instalarte en ella, antes de conocer bien la vida que se lleva en ese lugar. Podría haber allí muchos inconvenientes para ti: exceso de preocupaciones, amistades, gloria o comodidad, amigos inconvenientes, etc. Si eres sabio te darás cuenta en pocos días de si allí está tu muerte o tu vida (5, 35).

[2] Si entras a un monasterio y tienes un esclavo, si lo guardas para ti injurias a tu hábito, y si lo

das a un hermano, pecas contra Dios. Dale más bien su libertad y que se vaya a donde quiera. Si quiere hacerse monje también es cosa suya, pero en ningún caso lo dejarás contigo, pues eso no sería bueno para tu alma (4, 49).

2. Comienzo del día

[1] Al levantarte por la mañana acuérdate cada día de que tendrás que dar cuenta a Dios de todas tus obras y así no pecarás contra él; su temor habitará en ti. Prepárate al encuentro con Dios y harás su voluntad (16, 34-35).

[2] Condénate cada día aquí abajo por tus faltas y no tendrás que sufrir en la hora de tu muerte (16, 36).

[3] Piensa cada día: “No me queda más que este día de vida en el mundo”, y no pecarás contra Dios (9, 21).

[4] Cuando te levantes de madrugada cada día, antes de hacer el trabajo manual, recita las palabras de Dios (3, 42).

[5] Cuando estés en tu celda ten una constante preocupación de estas tres cosas: del trabajo manual, de la meditación y de la oración (9, 20).

3. Relaciones fraternas

[1] Renunciar a tu voluntad por respeto al prójimo es señal de que tu espíritu ve las virtudes; pero el ser testarudo con el prójimo es señal de ignorancia (16, 73).

[2] Si deseas alguna cosa y el que habita contigo no lo quiere, repudia tu voluntad por amor de él, para evitar una discusión y para que él no se entristezca. Si vas a habitar con un hermano en calidad de huésped no le des órdenes en ninguna cosa y no desees ser el jefe. Si habitas con hermanos y ellos te ordenan algo, combate tu voluntad y hazlo, para no afligirlos a ellos, ni perder tu reserva y la cohabitación pacífica con ellos (3, 36-37-39).

[3] Si se trata de comentar una palabra de la Escritura, que el que la conoce y la comprende se incline en cuanto sea posible a la opinión de su hermano, dejando así contento y tranquilo al hermano. Pues el compendio de toda ciencia bíblica es éste: humillarse delante del hermano (5, 23).

[4] Si debéis salir para hacer un trabajo, no desprecie uno al otro saliendo solo y dejando al hermano en su celda. Más bien dígame con caridad: “¿Quieres que vayamos?” Y si ve que el hermano no está tranquilo en ese momento o que su cuerpo no está dispuesto, no discuta con él diciendo: “Es ahora cuando debemos salir”; sino que temporece un poco y vuelva a su celda con la caridad que proviene de la compasión. Guardaos de resistir al hermano, a fin de no afligirlo (5, 26).

[5] Si en su impaciencia tu hermano te replica una palabra dura, sopórtalo con alegría, y si tú examinas tus pensamientos según el juicio de Dios, verás que también tú has pecado (5, 18).

[6] Si te enteras de que alguien habla contra ti y tú lo encuentras en alguna parte o él viene hacia ti, muéstrale en lo posible un rostro alegre y benévolo y no le digas: “¿Por qué has dicho esto?”, pues está escrito en los Proverbios: “El que guarda rencor falta a la Ley” (*Pr* 21,24; 4, 17).

[7] No toleréis la malicia en vuestro corazón, ni odio ni envidia contra el prójimo, y que no haya

jamás una cosa en vuestra boca y otra en vuestro corazón, pues “de Dios nadie se burla” (*Ga* 6,7): Él ve todas las cosas, ocultas o manifiestas (1, 25-26).

[8] El que actúa con doblez para con su hermano, no podrá evitar la tristeza de corazón (6, 7).

[9] Guardaos de hacer alguna cosa que podría producir pena a un hermano cuando se dé cuenta de ella (5, 21).

[10] No os peleéis, no digáis mal de nadie, no juzguéis a nadie, no despreciéis a nadie, ni de boca, ni de corazón; no murmuréis contra nadie y que no salga nunca una mentira de vuestra boca. No deseéis ni hablar ni oír lo que no os es útil (1, 21-24).

[11] Ten cuidado, al comulgar, de no tener querrela contra un hermano, pues de otro modo te haría mucho mal (4, 64).

[12] Si cometes una falta en cualquier cosa, no mientas por vergüenza, sino póstrate y di: “Perdóname” y tu falta pasará. Si alguien te dice una palabra dura no elevés tu corazón contra él, sino apresúrate a postrarte ante él, antes que nazca en tu corazón la rebelión y la cólera. Si alguien te calumnia en alguna cosa, no te indignes, sino póstrate y di: “Perdóname, no lo haré más”, sea que sepas de qué cosa se trata o no. Todo eso, en efecto, significa progreso espiritual para la juventud (3, 24-27).

[13] Si camináis juntos tomad en cuenta siempre lo que piensa el más débil de entre vosotros, por ejemplo, si necesita sentarse un instante o comer antes de la hora (5, 1).

[14] Si camináis y hay algún débil entre vosotros, hacedlo caminar delante de vosotros, a fin de que se sienta cuando lo desee (4, 1).

[15] El que dice una cosa con la boca y guarda otra en su corazón, con malicia, ése trabaja en vano. No te juntes con una persona que actúa así, para no mancharte con su veneno impuro. Camina con los inocentes para participar en su gloria y en su pureza (6, 8).

[16] Si alguien te aflige en cualquier asunto y sientes en ti tristeza e irritación, cállate y no digas nada fuera de lugar, hasta que la oración haya tranquilizado tu corazón; y entonces solamente hablarás con tu hermano. Y si es necesario reprender a tu hermano y te das cuenta de que estás irritado y turbado, no le digas absolutamente nada, no sea que con ello aumentes tu agitación. Pero citando veas que tú y él os habéis calmado y serenado, entonces háblale, pero no en tono de acusación, sino advirtiéndole con toda humildad. Esfuérzate siempre por no decir nada en estado de ira, creyendo firmemente que Dios te mira y que delante de su gloria eres como alguien que no existe, tierra y ceniza, putrefacción y gusanos (27, 13).

[17] Si vives con hermanos y por algún motivo te inquietas, sea por el trabajo manual o por alguna obligación inconveniente, por el exceso de comodidad o porque no tienes la suficiente paciencia, por el desánimo o porque quieres retirarte a la soledad, porque no puedes soportar el yugo o porque no puedes hacer tu voluntad, porque te falta lo necesario o porque quieres dedicarte a una vida más austera, porque estás enfermo y no puedes soportar la fatiga, o cualquiera sea la razón que te impulsa a partir, ten cuidado de no sacudir el yugo y de irte en la aflicción (guárdate), de huir secretamente en medio de alguna dificultad o en un momento en que te hacen reproches. Que el recuerdo de la fraternidad no sea velado por el mal (5, 34).

[18] “Para tomar la determinación de separarte de los hermanos” busca más bien un tiempo de concordia y saldrás en paz y tu corazón estará tranquilo adondequiera que vayas. Busca la culpa en ti mismo y no hables mal de los hermanos con los cuales viviste; no escuches a tus enemigos, transformando las buenas acciones de tus hermanos en malas, huyendo así de la propia responsabilidad y queriendo que las faltas de tus hermanos disimulen las tuyas, pues en tal caso

caerías nuevamente en las manos de tu enemigo en cualquier lugar en que fueras a habitar (5, 34).

4. Oración

[1] El santo apóstol da una orden a sus discípulos cuando dice: “El Señor está cerca; no os inquietéis por cosa alguna, mas en todo presentad a Dios vuestras peticiones por medio de la oración y de las plegarias, acompañadas de acción de gracias” (*Flp* 4,5-7) y “Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones” (*Col* 3,15). Por otra parte en el evangelio de san Marcos el Señor dice a sus discípulos: “Perdonad todas sus deudas a vuestros deudores, a fin de que el Padre os perdone también las vuestras (*Mc* 11,26). Esta palabra del Señor es terrible: si te das cuenta de que tu corazón no es benevolente hacia todos, no le pidas nada a Dios. Le haces injuria, porque siendo pecador y teniendo rencor contra un semejante tuyo, le dices al que escruta los corazones: “Perdóname mis pecados”. Un hombre que actúa de esta manera no ora en espíritu, sino solamente con los labios, neciamente (18, 10).

[2] El que quiera orar verdaderamente al Señor en espíritu, en el Espíritu Santo y con un corazón puro, que examine su corazón antes de rezar, para saber si está libre de preocupaciones frente a los demás. Si no lo hace, se engaña a sí mismo, no reza “en espíritu” y sólo cumple la rutina de las horas canónicas. Así, pues, debes examinar tu espíritu, a fin de que cuando digas: “Ten piedad de mí, tú también tengas piedad del que te suplica, y si dices “Perdóname”, miserable, perdona tú también. Si dices: “No te acuerdes de mis transgresiones”, no te acuerdes tú tampoco de las faltas de tu prójimo... Si no has llegado a eso, oras en vano, pues Dios no te escucha; así lo enseña toda la Escritura. ¡Y perdóname! (18, 10).

[3] No odies a ningún hombre, pues de lo contrario tu oración no sería aceptada. Trata de estar en paz con todos, para así orar con confianza (16, 90-91).

[4] “No podéis servir a Dios y a Mamón” (*Mt* 6,24). “Mamón” significa todo el servicio de este mundo. Si el hombre no lo abandona no puede servir a Dios. Qué es, pues, servir a Dios, sino no tener nada lleno en el espíritu cuando lo bendecimos, ni concupiscencia cuando le rezamos, ni ninguna malicia cuando le cantamos, ni odio cuando lo adoramos, ni envidia perversa cuando estamos conversando con Él, ni vergonzosos deseos cuando nos acordamos de Él. Todas esas cosas son como muros tenebrosos que rodean el alma... y no le permiten salir al encuentro de Dios, ni alabarle en secreto, ni rezarle en la dulzura del amor y en la suavidad del corazón con una voluntad santa, a fin de recibir su luz... (25,1).

[5] Ama la oración sin cesar, a fin de que tu corazón sea iluminado (16, 23).

[6] Oblígate a numerosas oraciones con lágrimas, quizás entonces el Señor tendrá piedad de ti y te despojará del hombre viejo y pecador (9, 32).

[7] Orar sin cesar destruye el cautiverio, pero dejarse estar en la negligencia es origen del olvido (de Dios) (16, 96).

[8] Sé fiel a la recitación de los salmos, pues ella te guardará del cautiverio de la impureza (9, 7).

[9] No desprecies el Oficio divino, para no caer en las manos de tus enemigos (9, 6).

[10] No descuides el cumplimiento del Oficio divino, porque él es la luz de tu alma (16, 103).

[11] Si salmodiáis juntos y uno de vosotros se equivoca en una palabra, no se lo digáis inmediatamente, para no turbarlo. Si se olvida una palabra, que quede olvidada; pero si el

hermano pide: “Por caridad, indicadme cómo es”, hacedle la observación y corrección que correspondan (5, 6).

[12] Cuando estés de pie en tu celda para rezar tus oraciones, no te comportes con negligencia, pues así no honras a Dios. Tente en pie en el temor de Dios; no te apoyes contra el muro, ni relajés tus pies; resiste a tu corazón para que no ande vagando, en seguimiento de tus voluntades, a fin de que Dios reciba tu sacrificio (de alabanza)... En el momento de las ofrendas resiste a tus pensamientos y haz que todos tus sentidos estén en el temor de Dios, para ser digno de los santos misterios, y el Señor te sanará (3, 58-60).

5. Trabajo

[1] Sé fiel al trabajo manual y el temor de Dios estará en ti (9, 12).

[2] Ocúpate de tu trabajo manual, para que el pobre encuentre pan; la ociosidad es la caída y muerte del alma (.16, 95).

[3] Que tu cuerpo se fatigue en el trabajo manual, a fin de que puedas vivir retirado en tu celda, comiendo con humildad el pan que has ganado con tu esfuerzo (4, 51).

[4] Amar el trabajo es odiar las pasiones; pero la pereza las produce sin esfuerzo (16, 87).

[5] Las herramientas de las virtudes son los trabajos corporales cumplidos correctamente; los brotes de las pasiones nacen de la negligencia (16, 52).

[6] Si habitáis juntos y hay que hacer algún trabajo, que todos colaboren para realizarlo y no mezquines tus fuerzas. Cada día, cuando te levantes, antes de comenzar tu trabajo manual, recita las palabras de Dios. Si hay que reparar alguna cosa, sea un canasto o un recipiente o algún objeto, hazlo con cuidado y con celo, sin demorarte demasiado. Si realizas algún trabajo remunerado, que tu hermano participe contigo en él y no seas celoso; pero si el trabajo es poco importante y uno le dice al otro: “Vete a trabajar, hermano, que lo haré solo”, obedécele; pues el que obedece es el superior (3, 41-45).

[7] Si haces un trabajo manual no seas negligente, sino que aplícate a él con temor de Dios, para no pecar de ignorancia. En todo trabajo manual que aprendas, dile al que te lo enseña -y no te avergüences de repetirlo-: “Mira, por favor, si está bien hecho o no”. Si tu hermano te llama mientras estás ocupado en tu trabajo manual, apresúrate a ver lo que él quiere y ayúdalo en su trabajo, dejando el tuyo (3, 29-31).

[8] Si en el trabajo manual tu hermano te llama, no le digas: “Espera un poco hasta que termine esta cosita”, sino que obedécelo de inmediato (5, 40).

[9] Si hacéis juntos un trabajo y uno de vosotros lo abandona desalentado, que nadie le haga reproches, sino mostraos más bien amables con él (5, 8).

[10] Si los hermanos que habitan contigo se fatigan en la jornada de trabajo ofréceles un refresco antes de la hora de comer; no te preocupes de ti mismo, sino preocúpate del juicio de Dios; que Dios esté ante tus ojos en todo trabajo que se haga (5, 42).

[11] Si hacéis juntos un trabajo no hagas notar cualquier defecto que hayas visto en el de otros, ni lo tengas en tu boca para decirlo a los hermanos, pues eso sería la muerte de tu alma, incluso si fueses un sabio (5, 41).

[12] No os vigiléis mutuamente en vuestros trabajos manuales, para saber si tu hermano trabaja

más que tú o tú más que él (1, 12).

[13] Cuando salgáis para trabajar no habléis jamás inútilmente y no hagáis bromas, sino que cada uno, en el temor de Dios esté atento a sí mismo, a su trabajo manual, a su meditación y a su alma, en secreto (1, 13-15).

[14] Si vas al trabajo con tus hermanos no desees que ellos te digan que has hecho mucho; pues toda obra que el hombre realiza en secreto, Dios la toma en cuenta (5, 17).

[15] Si habitas con otros hermanos no les des órdenes en cosa alguna, sino haz tu parte de trabajo y así no perderás tu fruto (16, 101).

[16] Si salís para trabajar juntos, que cada uno esté atento a lo que hace él mismo y no esté mirando lo que hace su hermano; que no dé lecciones ni reprenda al otro (5, 2).

[17] Si hacéis un trabajo en el interior de la celda, si construís alguna cosa, dejad al que trabaja que lo haga como él entienda. Pero si dice: “Por caridad, mostradme cómo hacerlo, pues yo no sé cómo se hace”, y si otro lo sabe, que no sea tan malo de decir: “Yo tampoco sé”, pues eso no sería la humildad que Dios desea de nosotros. No ayudar al que se ha equivocado en el trabajo y pide instrucciones es carecer del amor de Dios y tener malicia (5, 3-4).

6. Meditación y *lectio divina*

[1] Guarda tu alma... y tenla, en cuanto puedas, en continua meditación de las Escrituras, con intervalos de gemidos y de oración ferviente, de modo que estés siempre en tu espíritu como celebrando la alabanza (27, 7)

[2] Desgraciados de nosotros si, abandonando la meditación, las oraciones y las lecturas divinas, perdemos nuestros días en distracciones y conversaciones inútiles (29, 29).

[3] Oblígate a la meditación y alcanzarás rápidamente la paz del Señor. Igual que una casa en ruinas en las afueras de una ciudad es un lugar de basuras, así también el alma de un novicio perezoso se convertirá en guarida de toda pasión deshonrosa (9, 30-31).

[4] La meditación en el temor de Dios guarda al alma de las pasiones, pero hablar palabras mundanas oscurece el alma y la aleja de las virtudes (16, 74).

[5] Enseñemos a nuestra lengua la meditación de Dios, la justicia y la oración, a fin de que ellas nos guarden de la mentira cuando Él salga a nuestro encuentro⁷⁶ (16, 16).

[6] Esforcémonos, pues, hermanos, ya que tenemos el consuelo de los testimonios de la Escritura (*Rm 15,4*) (21, 38).

[7] Si viene a visitarte un hermano extranjero, recíbelo con cara alegre... y dale un libro para que medite (3, 46).

7. Servicio de la cocina y comida

[1] Trabajad cada uno una semana por turno en la cocina con temor de Dios, sin abandonar vuestra meditación (1, 10).

⁷⁶ “Salga a nuestro encuentro”: se refiere al día del juicio.

[2] Si tu hermano ha preparado un plato que no es exquisito no le digas: “¡Qué mal cocinero eres!” Eso sería la muerte para tu alma. Examínate más bien: si otro te hubiera dicho eso a ti, ¡qué mal te habrías sentido! Con eso recuperarás la calma (5, 5).

[3] Tú que vives retirado en tu celda, fíjate una medida en tu comida y da a tu cuerpo lo necesario para que él te sostenga al cumplir tu Oficio divino. No desees salir⁷⁷. No comas por placer, siguiendo tus gustos (4, 40-41).

[4] Aprende lo siguiente, hermano: el hombre que come y bebe sin medida o se apega a cualquier cosa de este mundo, no llegará a su meta, sino que se engaña a sí mismo (16, 115).

[5] Cuando estés sentado a la mesa con hermanos, si eres joven, no digas a nadie: “Buen provecho”, sino acuérdate de tus pecados, para no comer con exceso; extiende la mano solamente hacia lo que está delante de ti y no hacia lo que es de otro. Tus vestidos te cubrirán las piernas y tendrás las rodillas juntas (3, 11-13).

[6] Cuando comas no levantes la cabeza hacia tu vecino ni mires de aquí para allá, y no digas palabras inútiles. Al beber agua no hagas ruido con la garganta, como la gente del mundo (3, 14-16)

[7] Exhorto a todo el que quiera hacer penitencia por Dios a guardarse, de la abundancia de vino, pues él es el que aviva las pasiones y arroja del alma el temor de Dios (16, 116).

[8] En cuanto al vino, que el límite sean tres vasos, en caso de necesidad (3, 66).

[9] No ames tomar vino hasta la ebriedad, para no verte privado de la alegría de Dios (16, 29).

[10] Cuando hayas terminado de comer retírate a tu celda y atiende a tus asuntos y no te sientes a hablar con los que no te enseñan nada útil; pero si se trata de ancianos que hablan de la palabra de Dios, di a tu abad: “¿Debo sentarme con ellos para escuchar o debo irme a la celda?” Y harás lo que él te diga (3, 32-33).

8. Huéspedes

[1] Que tu rostro sea grave por lo general, pero amable frente a los que vienen de fuera, a fin de que el temor de Dios habite en ti (3, 3).

[2] Si un hermano extranjero viene hacia ti, salúdalo con rostro amable y recibe con alegría las cargas que trae; y cuando se vaya, obra del mismo modo... Guárdate de interrogarlo sobre cosas que no son útiles para ti, sino llévalo a rezar y cuando esté sentado pregúntale por su salud. Dale un libro para que lea y medite. Si ha llegado fatigado, procúrale descanso y lávale los pies. Si te habla de cosas inconvenientes dile con caridad: “Perdóname, soy débil y no puedo soportar esto”. Si está débil y sus vestidos están sucios, lávaselos; si es pobre y tiene sus vestidos rotos, remiéndaselos. Si es un giróvago y hay creyentes contigo, no lo introduzcas adonde están ellos, pero hazle una limosna por amor de Dios... Si es alguien que está en necesidad no lo despidas con las manos vacías, sino dale la bendición que Dios te ha dado, sabiendo que lo que tienes tú no es tuyo, sino que es un don de Dios (3, 46-52).

[3] No desprecies a nadie por su manera de vestir (3, 56).

[4] Si hay huéspedes en la mesa, dales lo que necesitan con cara amable y cuando dejen de comer diles dos o tres veces: “Tengan la caridad de comer todavía un poco más” (3, 13-14).

⁷⁷ La necesidad de salir del monasterio es vista aquí como una de las consecuencias de una austeridad desmedida.

[5] Si llegan huéspedes, no hay que pedirles noticias que podrían hacer mal. Pero si el visitante no puede contenerse y refiere cosas nocivas, el que las ha escuchado no las repita a los hermanos, para no llenar su corazón de un veneno mortal. Lo mismo vale para los hermanos que salen fuera del monasterio: lo que escuchéis sin quererlo no lo refiráis a los hermanos al volver (Cf. 5, 9-10).

9. Urbanidad

[1] Si entras en un monasterio que no conoces, quédate donde te invitaron a tomar asiento y no entres en una celda sin que alguien te invite (4, 25).

[2] Si caminas con un anciano, no le hagas llevar las cargas; si los dos son jóvenes lleven las cosas por turno y que el que lleva el peso camine adelante (3, 80).

[3] Cuando camines con un superior no lo precedas jamás; cuando el superior se detiene para hablar con alguien no le faltes al respeto sentándote, sino que permanece en pie, hasta que él te diga lo que debes hacer (3, 73-74).

[4] Si estás sentado junto a los hermanos y te vienen ganas de escupir, no escupas delante de ellos, sino levántate y escupe afuera. No estires tu cuerpo cuando otros te ven. Si sientes deseos de bostezar no abras la boca y el deseo cesará. No abras la boca de par en par cuando rías, pues es una falta de respeto (3, 17-21).

[5] Cuando hagas tus necesidades naturales no seas negligente, sino que acuérdate de que Dios te ve (3, 57).

10. Fin del día, noche y viglias

[1] Examínate cada día: “¿Qué pasión he vencido hoy?” No te fíes de ti mismo, pues (el progreso) es obra de la misericordia y del poder de Dios. No te creas fiel hasta tu último suspiro. No pienses con orgullo que eres bueno, porque no puedes confiar en tus enemigos. No estés tranquilo con respecto de ti mismo mientras estés en vida, hasta que hayas escapado de todos los poderes de las tinieblas (16, 38-41).

[2] Examínate cada día respecto de las faltas que has cometido y si oras por tus pecados, Dios te los perdonará (4, 8).

[3] Considera cada día qué pasión has vencido en ti, antes de hacer tus peticiones en la oración (15, 88).

[4] Cuando vayas a acostarte no te cubras bajo la misma frazada con otra persona y reza mucho en tu corazón antes de acostarte (3, 8).

[5] Cuando el joven se va a acostar que tenga su cintura ceñida y que no ponga sus manos debajo del vestido, pues el cuerpo tiene muchas pasiones que el corazón acepta (3, 69).

[6] El exceso de sueño agita las pasiones del cuerpo; pero la vigilia con medida es la salud del corazón. Sueño abundante, abundancia de fantasmas; vigilia con medida, germinación del espíritu. Demasiado sueño torna espeso el corazón, la vigilia con medida lo afina. Sin embargo, es preferible dormir y callar, que velar parlotando (16, 59-62).

[7] Haz tu vigilia con dignidad y no prives a tu cuerpo de lo que necesita, sino que cumple tus

oficios con calma y sabiduría, no sea que por el exceso de vigilia tu alma se oscurezca y abandone la lucha; la mitad de la noche es suficiente para tu oración y destina la otra mitad para el descanso de tu cuerpo; pasa dos horas antes de acostarte rezando y salmodiando, después reposa y cuando el Señor te despierte haz tu Oficio con celo. Si ves que tu cuerpo está perezoso, dile: “¿Quieres reposar durante este breve momento para ser arrojado después a las tinieblas exteriores?”. Si te estimulas así, poco a poco la fuerza te vendrá (4, 45-47).

[8] Oblígate a hacer muchas oraciones durante la noche, pues la oración es la luz del alma (4, 7).

IV. CONCLUSIÓN

[1] No te desanimes, hermano, al leer esto cada día. Quizás haya misericordia también para nosotros, igual que para aquellos a los que Cristo ha hecho dignos (16, 136).

[2] Ten pues cuidado, hermano querido, de cumplir estos mandamientos que escribí, a fin de que puedas salvarte con los santos que han guardado los mandamientos de Nuestro Señor Jesucristo (16, 136).

[3] Si alguien lee esto y no lo cumple, se parece a aquel que ve su rostro en un espejo, después se va y olvida en seguida cómo era (*St* 1,23-24) (16, 136).

[4] Pero si alguien lee esto y lo cumple, se parece a la semilla sembrada en buena tierra y que da fruto. Dios tiene el poder de colocarnos entre los que escuchan y cumplen, para recibir de nosotros un buen fruto por la gracia (concedida). A Él pertenecen la gloria, la fuerza y el poder por los siglos de los siglos. Amén (16, 136).

LISTA DE LOS *LOGOI* DE LOS TEXTOS TRADUCIDOS

1 (VIII) 4-8, 10-34.

2 (IX) 1-10.

3 (X) 1-5, 8, 11-22, 24-27, 29-39, 41-52, 55-60, 63-67, 69, 73, 74, 80.

4 (XI, 1-78, 98-120) 1, 3, 5-10, 17, 21, 23, 24, 25, 27, 35, 40-41, 43, 45-47, 49, 51-54, 58-59, 62-64, 71, 78.

5 (XII) 1-6, 8-11, 17-18, 21-23, 25-26, 29-35, 40-42, 44.

6 (XIII, 1-9) 2-8.

7 (XIII, 11-24, 28-35) 11-24.

9 (V) 6-8, 11-12, 20-21, 30-33.

15 (XI, 81-87) 84-88, 90-91, 95.

16 (XV) 9, 16, 22-23, 25, 29, 34-36, 38-45, 48, 50, 52, 54, 57, 59, 60-62, 71-73, 74-76, 78-79, 86-87, 90-91, 95-96, 101-103, 106, 113-116, 136.

17 (XXVI, 1-9) 1-3.

18 (XXVI, 10-14) 10.

20 (IV) 2-3.

21 (XIV) 13, 38.

22 (XX) 6, 9, 10.

25 (VII) 1, 4, 20.

26 (XXV) 11, 17.

27 (XXIV) 7, 13.

28 (XXII) 2, 13.

29 (falta) 29.